

LA SAETA

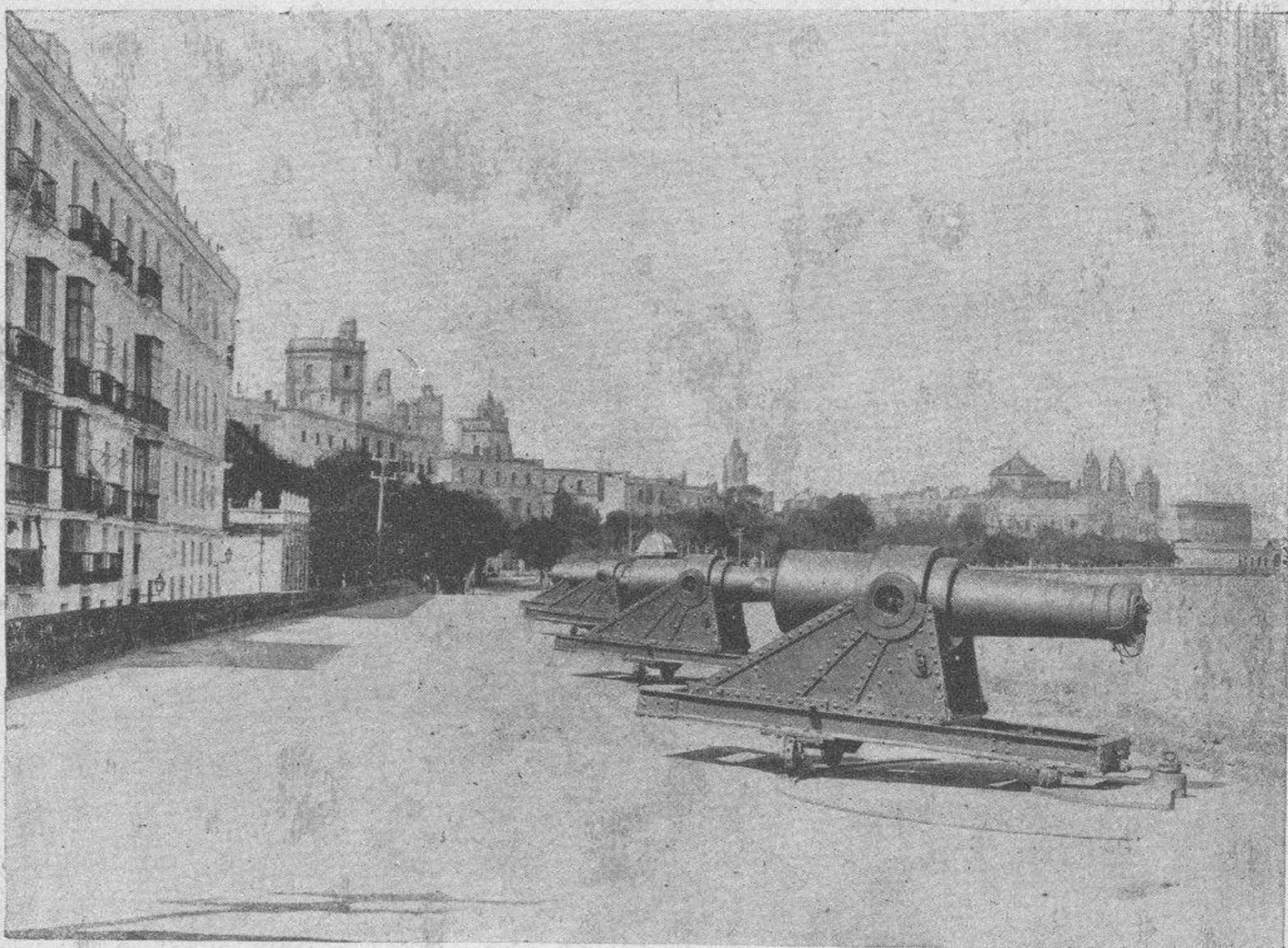
SEMANARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelona 19 de Mayo de 1898

Núm. 391

CÁDIZ



Detalle del puerto

Tiene mucha importancia Cádiz, en estos momentos, por la situación que ocupa y por el papel que representa como puerto marítimo. Es uno de los mejores y más fortificados del Mediterráneo. No intentarán los yankees amagarnos en los puertos de la Península, y aun es dudoso que se aventuren á las Canarias y á las Baleares, como nosotros podríamos, acaso, hacerlo en las costas de la Unión, que están peor defendidas. Su audacia en este caso sería castigada.

Bien es verdad que, al fin y al cabo, la experiencia les hará ver que no se ataca impunemente á un pueblo leal y valeroso.

Hidalguia española

RECUERDOS DE LA GUERRA

Mucho se habla de la guerra y episodios salen á relucir recordando las gloriosísimas páginas que en la Historia alcanzaron los españoles. Está bien, aunque los más son conocidos.

Pero me parece oportuno referir un hecho notable de nuestra guerra en el Pacífico, que viene de perilla ahora que los norteamericanos obran con tanto desahogo, sin guardar respetos y consideraciones, que la nobleza impone, aun con los propios enemigos.

Trabado el combate por mar quedó á las pocas horas fuera de la línea de fuego una fragata inglesa cuyo nombre no acude á mi memoria. Y no por averías sinó por haberle cogido la lucha sin suficientes provisiones de carbón.

El puerto más á mano que tenía el buque era el de la Habana, donde gobernaba entonces el ilustre Capitán general vicealmirante Tacón, bien apercebido á la defensa del puerto, y con el arma al hombro, como suele decirse, por si se intentaba un golpe de mano contra Cuba.

Figurémonos, pues, el asombro de la plaza cuando el vigía señaló á la vista fragata enemiga arbolando bandera inglesa. El caso, con todo y haberse considerado probable, pareció á todo el mundo inaudito, tanto más, cuanto que el contrario avanzaba con todas sus velas al viento, solo, y decidido según las trazas á colarse en la bahía. Los muelles, pues, se poblaron de curiosos, y los más gritaban que debían dispararse los cañones contra el intruso, luego que se pusiera á tiro.

Sólo que esto era imposible por haber izado bandera de parlamento el inglés. No se le puso obstáculo, y el buque fondeó sin que se le molestase, por orden expresa del Capitán general, siendo admirable la circunspección de la muchedumbre que se mantenía silenciosa, hosca pero no hostil.

El Comandante de la fragata mandó largar bote, y embarcando en él presentóse solo á las autoridades que le aguardaban de pie sobre el muelle.

— Mi general, — dijo desciñéndose la espada y entregándola caballeramente á Tacón — mi buque ha tenido que retirarse del zafarrancho por falta de carbón. Me constituyo en prisionero.

Nobleza obliga, asegura el refrán castellano, y es tan cierto en los españoles, que rara vez se vió desmentido. En esta ocasión tampoco. El general devolvió á su contrario el arma y mandó que se le facilitase el carbón necesario para volver al combate.

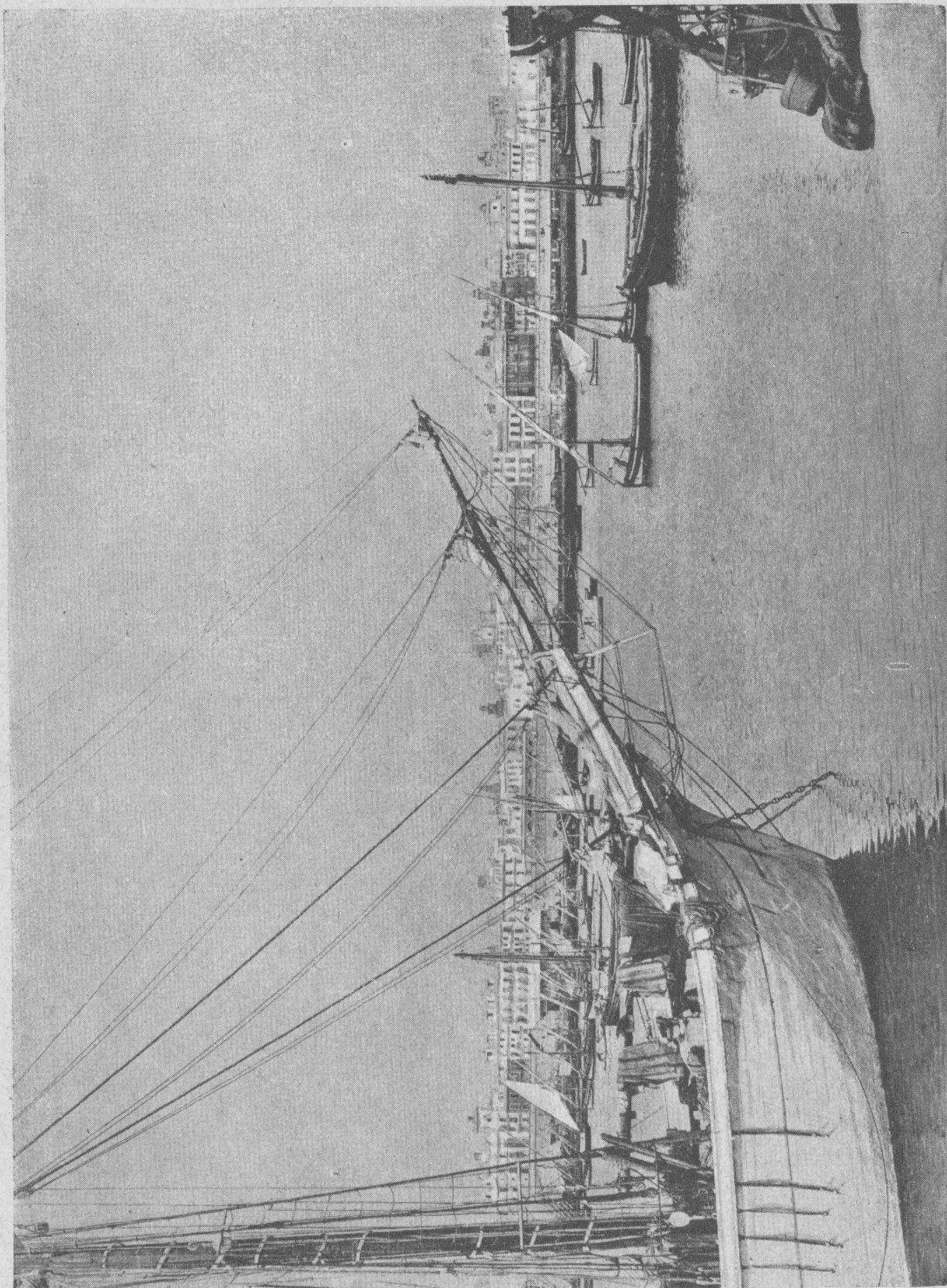
Hecho así, el buque inglés levó ancla, saludó á la Plaza y se hizo á la mar. Pero el Comandante y su tripulación no volvieron á reunirse con la escuadra que reñía contra los españoles, porque acordaron no considerar como enemigos á quienes tan hidalga, cortés y generosamente acudían en su socorro.

Relato el caso que me parece digno de mención, entre otras cosas, porque es justo que se note el abismo que nos separa de los yankees.



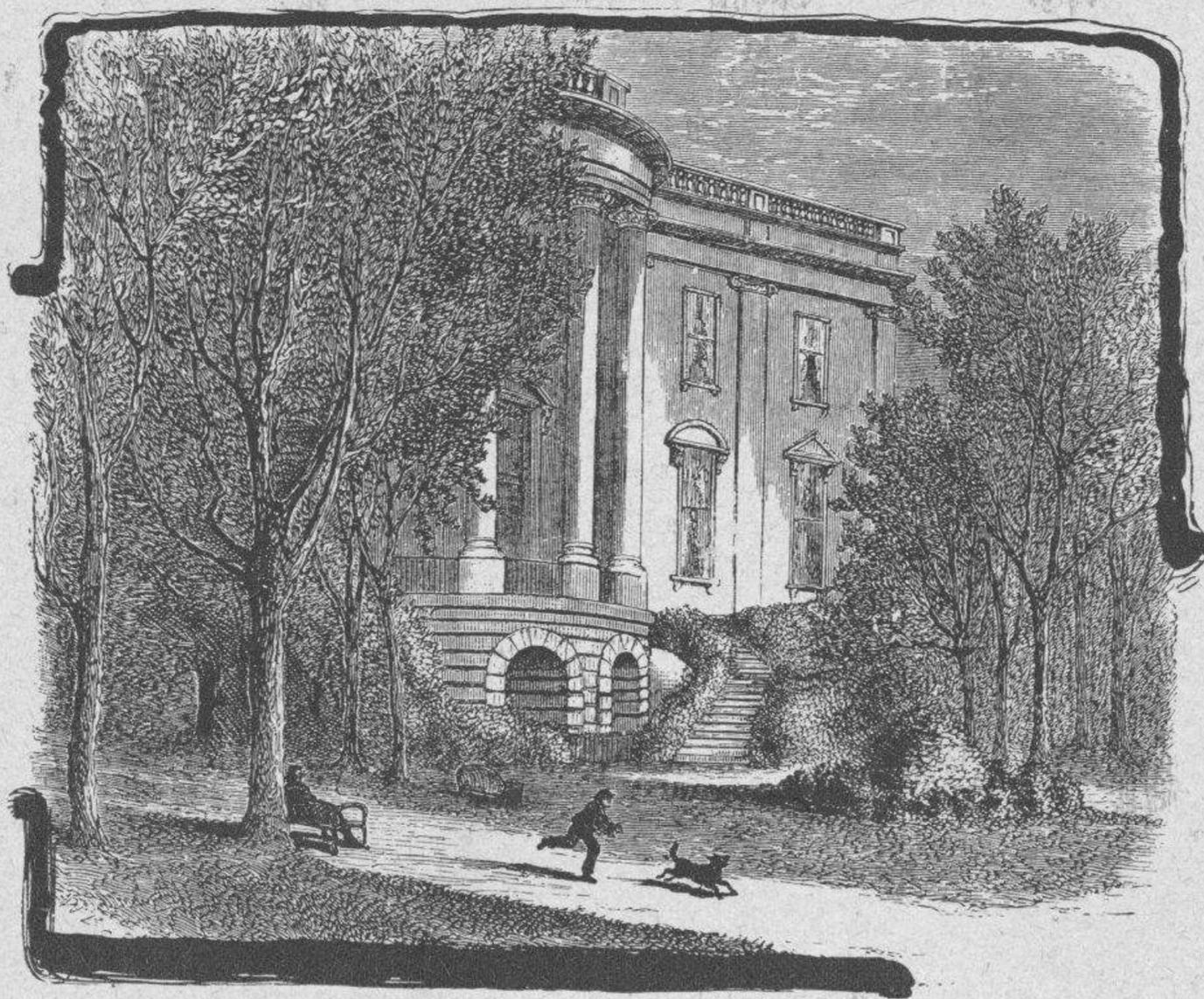
¿ A qué me alisto contra los yankees ?

José SELMA ORTIZ



CÁDIZ. — Vista general de la bahía

En casa de nuestros enemigos



WASHINGTON. — Parque de la Casa Blanca

La guerra que sostenemos contra los Estados Unidos da indudable interés á cuanto con la lucha entablada se relaciona. Los yankees han obrado con notoria injusticia, arrebatados por un espíritu de opinión falsa que sórdidos mercaderes, secundándolos periodistas inhábiles y otros elementos de leva se empeñaron en crear. El pueblo norteamer-



WASHINGTON. — El Capitolio

ricano va, en gran parte, engañado á la lucha, y no destruye esta verdad el hecho de que en esferas oficiosas se haya ido preparando el conflicto de mucho atrás, y apercibiéndose, los que andaban con las manos metidas en la masa, al combate.

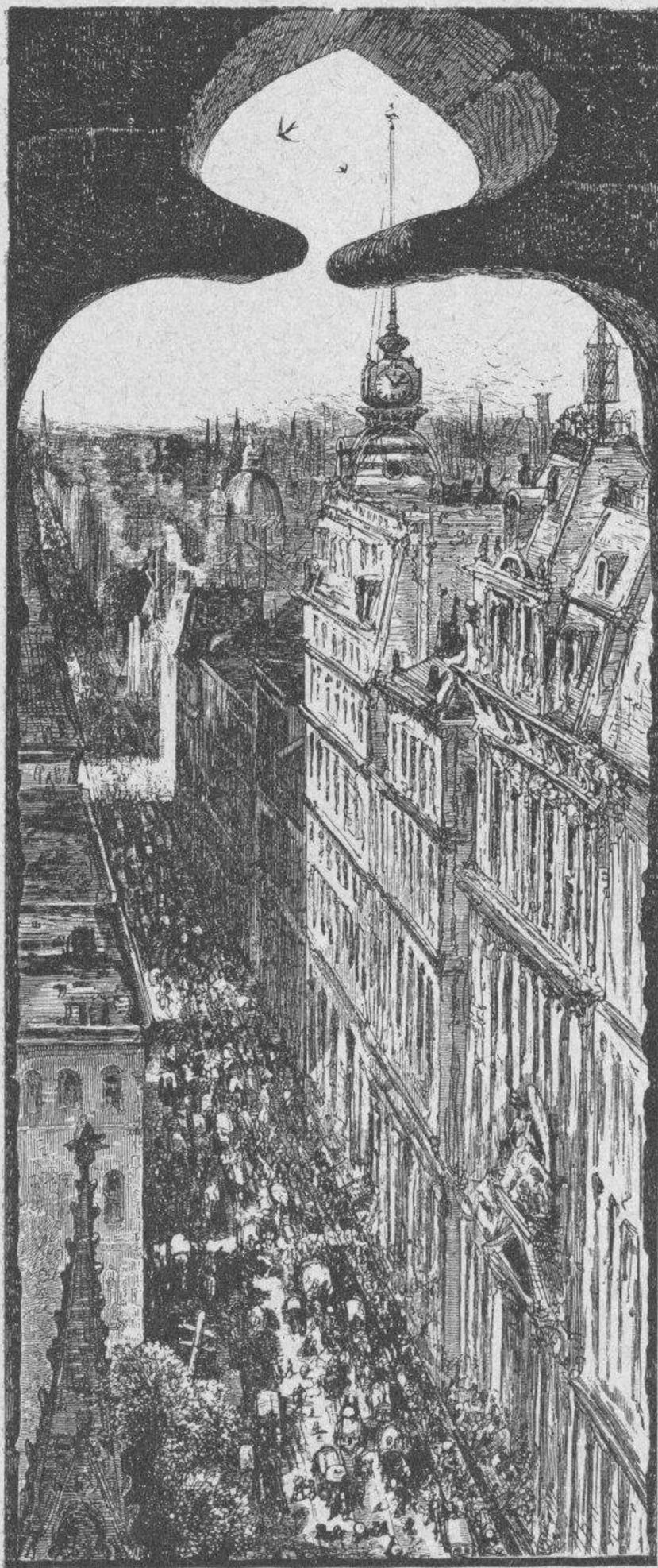
Nosotros hemos tenido que aceptar la partida, y aceptándola, vencedores ó nó, que á la postre lo veremos, ya hemos conseguido un triunfo en el respeto y la consideración general, mostrándonos dignos de nuestra fama. Ojalá corone la victoria nuestros nobles esfuerzos para castigo de ambiciones ruines. En los tiempos que alcanzamos, la hostilidad de la Gran República es irracional, torpe, inconcebible. Debe ser vencida. De los elementos que nos abonan es ocioso hablar y estoy con los que consideran esto antipatriótico. Allá veremos, y es posible que no se tarde. Lo que sí parece fuera de duda es que los yankees no creían que fuera el hueso tan difícil de roer.

Contando con la posibilidad de que, según se viene diciendo, nuestros buques hostilizaran la misma casa del enemigo, si se complicara el problema, y aun sin eso, nos parece oportuno dar idea ligerísima de lo que á los norteamericanos atañe.

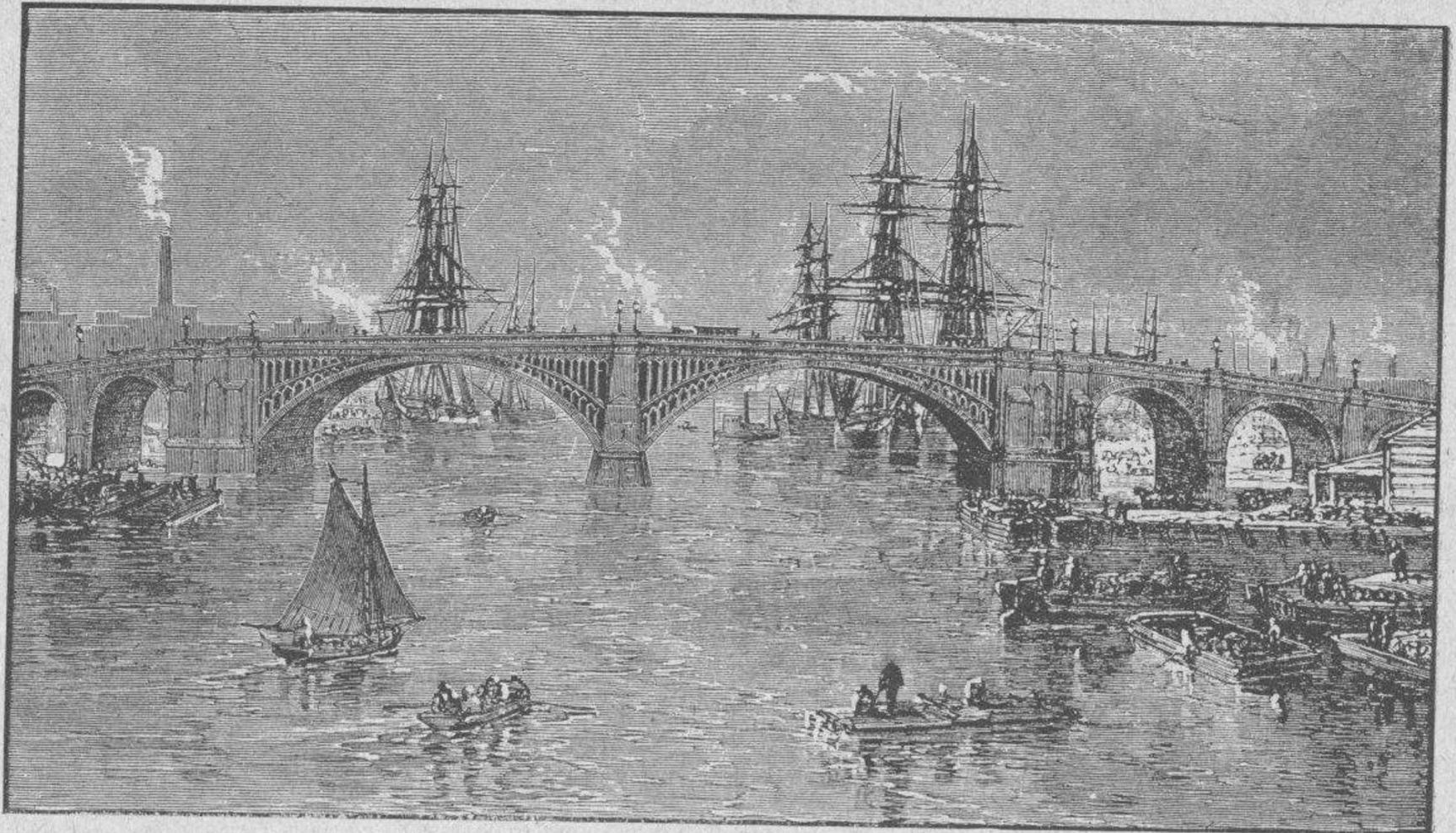
La Casa Blanca. — Con este nombre se distingue la mansión en que residen los Presidentes de la República, luego que entran en funciones. Está situada en Washington, pueblo levantado en una llanura hermosa, á raíz de conseguir los yankees su independencia, en lucha que sostuvieron contra los ingleses. White-House-Casa Blanca — es una construcción más pintoresca que notable y que se distingue sobre todo por el punto en que está emplazada, entre edificios elegantes donde residen los funcionarios públicos y los diplomáticos. Lo más lindo de la Casa Blanca es la parte posterior que da al parque (y que reproducimos en nuestro grabado) por la extensión y belleza de los jardines, que pueden disfrutar, no obstante pertenecer al Palacio, libremente los ciudadanos todos.

El Capitolio. — Grandioso edificio, que no es necesario describir porque para ello necesitaríamos extendernos mucho. Se eleva majestuoso, con su soberbia cúpula y se distingue inmediatamente que el viajero llega á Washington por hallarse en una colina, cuyos declives han sido adornados por graciosas plantaciones. Es el Capitolio de mármol blanco, con un frontispicio de columnas rematado en cimborio colosal cuya cima ostenta la estatua del Genio de la Libertad; resalta todo por la sencillez del estilo, sin complicaciones de arquitectura. Sabido es que el primitivo Capitolio, donde se reunían los primeros diputados de la república fué incendiado por los ingleses en 1814.

Puente de Chesnut Street. — Philadelphia es la primitiva población de los kuákeros, formada por William Penn en 1682 con el nombre de Coaquannoc. La ciudad moderna se ha corrido hacia las orillas del Delaware, estableciendo suntuosas y pintorescas moradas, de as-



NEW-YORK.—Broadway, visto desde lo alto de la Iglesia de la Trinidad.



PHILADELPHIA. — Puente de Chesnut Street, sobre el Schuylkill

pecto más agradable que las que se levantaron junto al río Schuylkill para que sirvieran á los marinos y á los pescadores. No deja de haber, sin embargo, en este lado casas riquísimas y construcciones como el puente de Chesnut Street, que reproducimos. Sobre el Delaware tienen los norteamericanos un importantísimo depósito de carbón que sirve admirablemente á los buques, por el punto que ocupa, cuando tienen que navegar por aquellas aguas, y que en esta ocasión no dejaría de prestar servicios. Filadelfia es una de las Capitales más hermosas de los Estados Unidos, favorecidísima por la naturaleza que le ha dotado de abundantes manantiales, de vegetación espléndida, de montículos floridos que le dan un aspecto risueño y original.

La ensenada de Baltimore.—Allá por los años 1634, un centenar de emigrados ingleses llegaron á la costa donde hoy se asienta la magnífica ciudad de Baltimore. Un noble lord de este nombre mandaba aquella expedición, estableciéndose en aquellas regiones fértiles, de donde surgieron poco después poblaciones importantes. En la actualidad Baltimore es una de las más florecientes, habiéndose establecido para defensa de su puerto potentes baterías.



PHILADELPHIA. — Depósito de carbón en Richmond, sobre el Delaware

El espejo de Mirta

Había mucha más felicidad en el mundo de la que ahora hay, en el tiempo en que aun existían las hadas. Entonces sí que se realizaban los deseos que se formaban los corazones buenos y sencillos. Entonces se tenía fe en los palacios de pórfido, en los pavimentos de diamantes, en los jardines encantados. Al golpe de una varita mágica se abría entonces la tierra para sumergir á los perversos, y el cielo era surcado de carros ligeros y graciosos, tirados por palomas ó por mariposas. La última hada murió el mismo día en que fué destruído el postrer dón que ella había hecho.

Parece que la lucha empeñada antes de la creación del mundo entre las hadas buenas



Viaje á Egipto. — Despedida dolorosa

y las malas había acabado casi con toda la sublime cofradía. Las hadas malas que sobrevivieron pudieron ya darse por entero á las dañinas ocupaciones, propagando entre las gentes cuanto á ellas les quedaba de malas mañas y de vicios.

Una de las hadas buenas, la sola que quedaba, gracias á que se había sabido sustraer á la adversa suerte de sus hermanas, se había refugiado en una aldea llamada Rosental, donde vivía también una huerfanita de hermosura maravillosa.

El hada resolvió educar por sí misma á Mirta, que así se llamaba la huérfana, y hacerla, en cuanto de ella dependiese, heredera de su varita mágica y de su poder.

Mirta, aparte de que, como ya he advertido, era en extremo bella, estaba dotada de suma sensibilidad; á la menor cosa se le llenaban de lágrimas los ojos. El hada solía decir que el corazón de Mirta era como la almohadilla en que penetran con dificultad los alfileres. Había, sin embargo, una diferencia, y era que el corazón de Mirta sangraba con cada picadura.



— ¿Por qué no será mi marido tan ágil y diestro como ese diablo de chico que caracolea al pie de mi ventana?

Mirta llegó, sin cambiar de sentimientos, á los diez y seis años de edad, época en que debían comenzar para ella las pruebas.

— Madre — le dijo Mirta al hada — ¿en qué consiste que Rosa, Margarita y Julia gozan tanto, según parece, cuando conversan con los jóvenes y cuando bailan con ellos?

— Aguarda seis meses — le contestó.

Seis meses después, Mirta encontró á las tres niñas que cito hechas tres mares de lágrimas, porque los jóvenes con quienes antes gozaban en conversar y en bailar se habían casado con otras.

— ¿Y son así, inconsecuentes todos los hombres? — preguntó Mirta.

— Ya contaba yo con que habías de hacerme esa pregunta. Tu curiosidad es muy natural, y he aquí que tengopara tí este espejo, en el cual podrás ver á cada uno de los que te hablen de amor tal como estarán al cabo de un año. Véte, que ya eres libre de conversar y bailar con quien quieras.

Al día siguiente era la fiesta del pueblo.

Un oficial invitó á Mirta, la cual le encontró muy de su gusto. El la hizo sentarse en el césped, y le declaró que jamás había visto persona que le agradase tanto como ella, y que sería el más feliz de los hombres si conseguía agradarle.

Mirta recurrió á su espejo, y vió en él al oficial entregado totalmente á sus armas, á su caballo, á su uniforme de parada, y por completo desatendido de ella.

— ¡Gracias! — le dijo entonces á él, y se fué de su lado.

Espantada, y al mismo tiempo llena de curiosidad, le hizo multitud de preguntas al hada.

— Mira — le contestó el hada, — mira ese rayo de sol, que atravesando el follaje del bosque va á iluminar nuestra casa. La mesita de encina que allí tenemos parece incrustada de diamantes. Nuestra silla está como sembrada de pajas de oro, y nuestras cortinas blancas semejan telas de luz. Aguarda á que el sol se retire. Los diamantes, las pajas de oro, las urdimbres de luz se desvanecerán como un sueño; mesa, sillas y cortinas se irán cubriendo de luto, y la vivienda entera quedará envuelta en melancolía. Lo que el sol hace lo hace también el



— ¡Anda, anda! ¡Qué musculatura la de ese joven! ¡Buen atleta!

Aproximábase Mayo. Las flores volvían con el sol. Los cantos de las aves volvían con el sol y con las flores.

Desde su ventana, Mirta veía pasar á las demás muchachas, que iban alegres, dejando volar al viento sus velos y sus bandas.

En el prado vecino se oía la música de los juegos y las danzas. Todos los habitantes del contorno estaban allí divirtiéndose.

Cuando Mirta salió y los jóvenes le dirigían sus cumplimientos, ella no reía como antes. Causábale pena no poder dar fe á sus palabras. La ilusión se le escapaba. La realidad le abrumaba. Sentía que le venían como llamaradas al rostro, y sufría estrechamientos en el corazón. Cada vez que consultaba el espejo, se le pintaba la angustia en los ojos, y las lágrimas se le salían.

Andando el tiempo, una paloma que ella había criado, huyó dirigiéndose al bosque; Mirta lloraba esta amiga perdida, cuando un cazador vino á traérsela.

— Mirta — le dijo el joven, porque el cazador era joven y de dulce apariencia — aquí os traigo vuestra paloma, que encontré perdida. ¿Qué me daréis si os la entrego?

El cazador se puso de rodillas delante de Mirta, y fijó en los de ella sus ojos enamorados.

Mirta le tendió la mano al joven y arrojó al suelo é hizo pedazos el espejo, pensando para sí: « ¡Malhaya el mal, amigo mío, que no ha sabido mentir! »

Entonces se oyó distintamente un suspiro. La última de las hadas acababa de morir.

AURELIANO SCHOLL.

amór; ilumina cuanto toca. Todo es que el sol pasa y la sombra vuelve; vuelve más profunda para el lugar que el sol había iluminado. Todo es que el amor pasa, y la soledad vuelve más triste para el alma que el amor había henchido.

Mirta sintió tristeza y no quiso insistir en el particular.

Días después, acercóse á ella, en el camino de la

ciudad, un joven magníficamente vestido.

— Vuestros pies — le dijo el joven cuando hubo entrado con ella en conversación, — son tan pequeños, que no sé como os sirvan para andar; vuestra tez es tan blanca, que el aire del campo podrá ajarla. Si queréis escucharme, yo os daré un retrete ornado de tapices preciosos, y pasearéis en carroza y tendréis lacayos que os sirvan.

Mirta recurrió á su espejo. En éste vió agentes de policía que sacaban del retrete los tapices, y que se llevaban la carroza para pagar las deudas del joven. Hizo, pues, á éste una cortesía y se alejó de él sin entrar en explicaciones.

Cuantas veces, en circunstancias análogas, volvió á consultar con su espejo, éste volvió á mostrarle la terrible realidad que le mataba el encanto en el alma y no le dejaba en ella sino cenizas y pesares.

La satisfacción de conocer los dolores de lo porvenir le llegó á parecer más amarga que la ignorancia.



— Aquel tonto me tiene bloqueada. ¡ A ver si ataca como los norteamericanos, sin previo aviso !

Los gatos de mi abuela

Nuestro amigo Federico acababa de enseñarnos la hermosa finca que días antes había adquirido en las cercanías de Mendon.

Después de visitarlo todo, nos paseábamos por el grandioso parque cuando Federico nos detuvo para decirnos:

— Estoy seguro de que no adivináis á qué debo esto.

Todos teníamos en la punta de la lengua: « Bien sabemos que es la herencia de tu abuela ». Pero él nos atajó diciendo: — Esta es una finca que he robado á los gatos.

Comprendió nuestro amigo que sus palabras, lejos de dejarnos satisfechos, habían despertado más nuestra curiosidad, y sin esperar á que le hiciéramos insinuación alguna, empezó el relato siguiente:

— ¡Amad mucho á los gatos! Yo, sin embargo, los he odiado mortalmente, odio que os explicaréis cuando os diga que mi abuela tenía en su casa siete, entendedlo bien, ¡siete! de estos feroces animales.

A la hora de comer, mi abuela se sentaba á la mesa, colocando los siete gatos á su alrededor.

Los servía los primeros y con toda clase de ceremonias. Aquello era en extremo encantador.

Yo, que, como llevo dicho, odiaba á aquellos siete animaluchos á quienes mi abuela adoraba, intenté varias veces hacerles una cruda guerra, que después de lo que llevo dicho creo encontraréis perfectamente justificado. Sabiendo que mi abuela era un poco supersticiosa, había intentado inspirarla repulsión hacia sus gatos, contándole todos los cuentos en los que este animal desempeña un papel diabólico. Todo fué en vano. Mi abuela seguía amando á sus animalejos, y hasta creo que empezaba á mirarme con prevención, como queriendo descubrir en mí un enemigo á quien había que vigilar.

Una mañana Lucía, la criada de mi abuela, una buena muchacha que se interesaba un poco más por mí que por los gatos, me llamó aparte y me dijo:

— Señorito, es necesario que sepáis lo que sucede.



— ¿Quiere usted ser mi pareja?

La señora ha hecho llamar á un notario para otorgar testamento.

— Bueno, creo que no habrá pensado en desheredarme.

— Pues pensáis mal, señorito; la señora os deshereda para dejar toda su fortuna á los gatos.

— ¡A los gatos!

— Ni más ni menos. Quiere hacer construir un hospital para ellos.

Allí tendrá un médico encargado de mirar por su salud, un cocinero y un cochero que los llevará todos los días á dar un paseo en coche. En fin, una porción de locuras.

— ¡Voy á matar á esos animaluchos!

— Nada conseguiréis, porque vuestra abuela se proporcionaría otros.

— ¡Entonces soy yo quien se debe matar! — exclamé con acento desesperado.

— Eso sería otra locura — dijo Lucía. — Yo creo que todo puede arreglarse, y si usted, que no es ningún tonto, cavilara un



Alegoría

poco, es más que seguro que encontraría algún medio para no perder la herencia que le corresponde.

Gracias á los consejos de Lucía me quedé algo más tranquilo. Me dí á cavilar, atormentándome la imaginación para encontrar el medio de salir de aquel terrible paso. Por fin, pocas horas después me pareció que lo había encontrado.

En los días siguientes volví á la misma hora á repetir el ensayo.

Hacia ocho ó diez días que me dedicaba á aquel ejercicio, cuando una mañana fueron á buscarme de parte de mi abuela.

La encontré en la cama.

— ¡Ay, hijo mío! — exclamó al verme, — ¿por qué no te habré escuchado antes? Mis gatos... mis pobres gatos...



Al día siguiente, y aprovechando la hora en que mi abuela iba á misa, hice que reuniera Lucía á todos los gatos y me encerré con ellos en el comedor. Una vez en compañía de los siete animales, empecé por hacerles fijar la atención; después hice solemnemente la señal de la cruz, y al propio tiempo, enarbolando una fusta de que iba provisto, comencé á descargar sobre ellos golpes con toda la furia que me daba el temor de que pudieran aquellos siete bichos usurparme mi legítima herencia.

Lucía, que al principio rió como una loca, al oír la ensordecedora algarabía producida por los felinos al escapar de los golpes que yo sin cesar les descargaba, decía, mientras temblaba como una azogada:

— ¡Dios mío, si entrara ahora la señora!

— Yo debiera haberos advertido con tiempo el mal — interrumpí con el aire más compungido que me fué posible aparentar.

— No, tú has hecho cuanto has podido para abrimme los ojos. No he querido escucharte y ahora sufro el castigo.

Si supieras lo que me ha sucedido...

Mi abuela para poder continuar tuvo necesidad de apurar el contenido de un vaso que había sobre la mesita de noche.

— ¿Te acuerdas prosiguió — de la tormenta de ayer tarde?

Yo estaba en la mesa con Leulou, Bichou, Fanny; en fin, con todos aquellos ani-

males á los que yo llamaba « mis queridos mininos ». Les había hecho un guisado de carne con el que se deleitaban.

De pronto se desencadenó la tormenta. Los queridos mininos no decían nada, pero un relámpago más vivo que los otros me



hizo hacer la señal de la cruz. Hacerla, y desaparecer los gatos en todas direcciones aullando horribilmente, todo fué uno. Sobrecogida de espanto llamé á Lucía, y le conté lo que me había pasado.

— Ya os había dicho el señorito Federico — me respondió — que era preciso deshacerse de esos animaluchos.

Sin embargo, yo me tranquilicé pensando que bien pudiera ser que hubiera sido el relámpago y no la cruz lo que había asustado á los mininos. Ví á Bichou en un rincón, y reuniendo todo mi valor, me aproximé á él; fijé mis ojos en los suyos relucientes como ascuas, y volví á hacer la señal de la cruz. Inmediatamente Bichou me saltó por encima de la cabeza y desapareció por la chimenea.

Te aseguro, hijo mío, que jamás volverá á entrar un gato en esta casa. ¡Y pensar que yo he amado como una loca á esos animaluchos, ¡qué digo!, á esos demonios.

Mi abuela tuvo un nuevo ataque de nervios.

Arrepentido de mi obra, cuyos efectos iban siendo mucho más graves de lo que me había propuesto, me propuse consa-

— ¡A la una, á las dos, y á las tres!

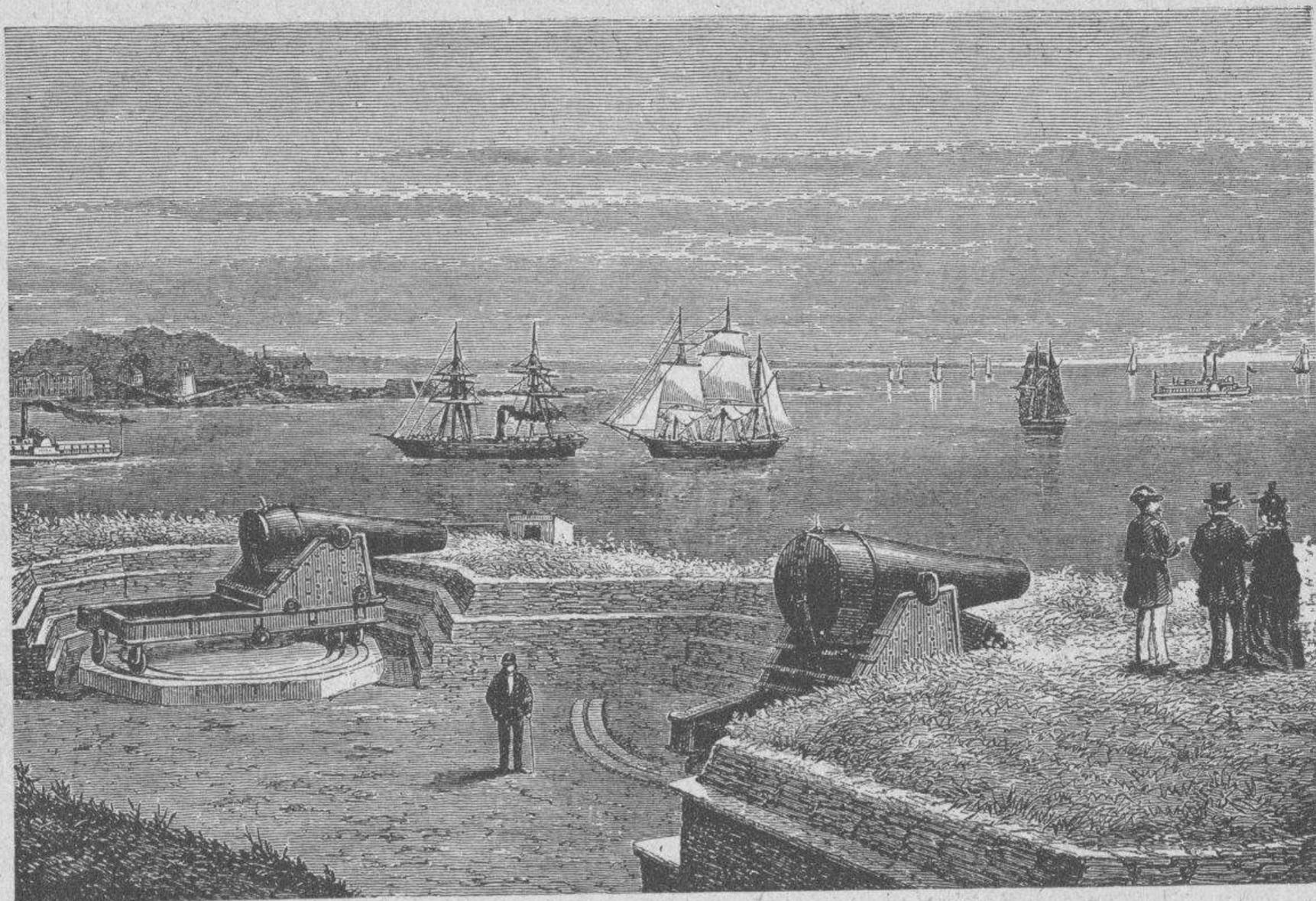
grarme por entero al cuidado de mi abuela, para remediar en lo posible el mal hecho. Tres días después la pobre señora se encontraba completamente restablecida.

Algunos meses más tarde, únicamente cuando por casualidad se acordaba de su Bichou, lanzaba un hondo suspiro.

Mi remedio fué tan radical, que mientras vivió no dejó ni una vez de escapar siempre que encontraba un gato en su camino.

— Ya tenéis explicado — dijo Federico — cómo he logrado ser el heredero de mi abuela.

PAUL PORFAIT.



El fuerte Mac Henry, entrada de Baltimore

El buen ladrón

El ambiente estaba impregnado de exquisitos perfumes, que se exhalaban de las flores de los jardines; el leve soplo del viento mecía suavemente las copas de los árboles; revoloteaban los pájaros entonando sus trinos de despedida al sol, próximo á ocultarse; la temperatura era agradable; la tarde deliciosa.

Antón, sentado en uno de los bancos del jardín, hallábase cabizbajo y triste, abstraído de lo que á su alrededor pasaba... Los muchachos salían del colegio moviendo infernal algarabía; los soldados requebraban á las niñeras con las palabras más tiernas del repertorio militar; jugaban las niñas cantando coplas monótonas y pesadas, y alguna pareja de viejos sesentones recordaba sus glorias pasadas, mientras varios pilletes se entretenían en echar hojas á los peces de colores, del estanque... Tal era el cuadro, cuadro hermoso, lleno de luz, de vida, de encantadora poesía, y del que resaltaba, como nota discordante, la figura de Antón, semejante á una mancha en un lienzo primoroso.

Llevaba ya muchas horas sumido en aquel sopor, del que no le sacaban ni los gritos de las niñas, ni las risotadas de los caloyos, ni el vientecillo fresco que azotaba su cara, cuando merced á un prolongado bostezo que no pudo reprimir, se despabiló. Fijóse entonces con mirada estúpida en cuanto tenía ante sí; niños, viejos, parejas de enamorados; hizo un gesto de desprecio, sonrió tristemente, encogióse de hombros, se levantó y salió del jardín andando con paso de sonámbulo.

Se dirigió á su casa. Por el camino encontró señoras y caballeros vestidos con lujo

deslumbrador. Antón comparó aquellos vestidos con la modesta blusa que cubría sus carnes. La ironía se pintó en su rostro.

— Así va el mundo.

Para unos, honores, goces, satisfacciones; para otros deshonra, miseria, hambre...

Haciendo las más negras reflexiones, llegó á su domicilio. Vivía en una casa de buena apariencia; hay que tener en cuenta que su habitación era el desván. Subió lentamente la empinada escalera, parándose de tramo en tramo, como si las piernas se negaran á sostenerle. Al llegar al piso tercero se detuvo, y miró con insistencia la puerta.

Allí habitaba don Matías, un solterón rico como un Crespo y tacaño como un Rostchild. Antón sabía la historia de su vecino por la portera de la casa, mujer chismosa y entrometida como todas las del gremio.

¿No era triste cosa que Antón muriese de hambre, mientras don Matías almacenaba en sus cajones excelentes colecciones de billetes de banco?

Sudó el pobre Antón con sudor frío, se pasó la mano por la frente, y siguió hasta su cuarto. Jamás puede ofrecerse ante la vista de un hombre cuadro de miseria tan horrible como el que presentaba la casa de Antón. Una silla coja, una mesa que padecía la misma enfermedad, un jergón que enseñaba los trapos de que estaba hecho, y un cántaro sin asas; esto era todo.

Antón se detuvo horrorizado contemplando su pobreza. Luego, como si obedeciera á una fuerza misteriosa que le impulsase, sacudió la cabeza, dijo entre dientes algunas palabras, y cerró la puerta de su cubil.

Había tomado una resolución que iba á poner en práctica inmediatamente. La habitación tenía dos piezas: una, en la que estaban los enseres que acaban de enumerarse, la otra la cocina, donde desde mucho no se encendía fuego. Antón fué á la cocina, afirmó la cuerda del pozo al hierro que sostenía la garrucha, subió á la ventana, y cogiéndose de la cuerda, empezó á bajar con la agilidad de un gimnasta.

Pronto llegó á la ventana del piso tercero. Se detuvo, empujó las vidrieras, que casualmente estaban abiertas y saltó á la casa de don Matías.

¡Qué diferencia en el mobiliario! Las paredes cubiertas de cuadros con brillantes marcos dorados, el piso alfombrado; por todas partes riqueza y lujo. Fijábase en estos detalles, sintiendo que se le oprimía el pecho. ¿Por qué ha de haber tanta desigualdad en el mundo?

Al cruzar una habitación se detuvo, y un grito se ahogó en su garganta. Acababa de ver su imagen reflejada en la clarísima superficie de un espejo. No se reconoció. Aquella era la cara de un ladrón... Particularidad tan insignificante estuvo á punto de hacerle retroceder. Pero había avanzado mucho para volverse atrás. Era preciso continuar hasta el fin.

¡ Olé Ya empezaron á bailar los yanques

Andando con mucha cautela penetró en el despacho de don Matías y lanzando una exclamación, cayó de rodillas murmurando:

— ¡ Perdón! ¡ Perdón! Tenía hambre.

Don Matías estaba sentado junto á la mesa de su despacho, tranquilo, afable, sonriente, teniendo la diestra sobre un fajo de billetes que, sin duda, acababa de contar.

Transcurrieron dos segundos, dos segundos que tuvieron para Antón la duración de dos siglos. El rico burgués no desplegaba los labios. Antón, sorprendido por aquel silen-



cio que no podía explicarse, se atrevió á levantar la cabeza, seguro de que su vecino habría aprovechado el tiempo para tomar sus armas. ¡Cual fué su sorpresa al hallarle en la misma actitud!

Levantóse, y temblando de vergüenza, avanzó hacia don Matías para besarle la mano y pedirle perdón nuevamente... Al tocar la mano del millonario, Antón retrocedió espantado. Aquella mano estaba yerta, rígida, helada... Don Matías estaba muerto..

Salió Antón precipitadamente; marchó á la cocina, trepó por la cuerda pendiente de la garrucha, y fué tal su precipitación, que faltándole agilidad por efecto de las emociones que experimentaba, soltó la cuerda y fué á estrellarse contra las losas del deslunado...

Al día siguiente los vecinos comentaban el suceso. Atribuyeron la muerte del millonario al inquilino del sotabanco, quien había recibido acto seguido el castigo de su crimen, por la mano omnisciente de la Providencia.

Una circunstancia extraña: en el testamento de don Matías, leíase una disposición, cuyo texto es el siguiente:

«Lego á mi vecino del sotabanco, Antón el obrero, que sé es buena persona y honrado padre de familia, la suma de cinco mil pesetas para que salga de apuros y pueda vivir con desahogo...»

— No se puede ser bueno — dijo una comadre comentando el suceso. Haga usted bien y se lo pagan con una ingratitud...

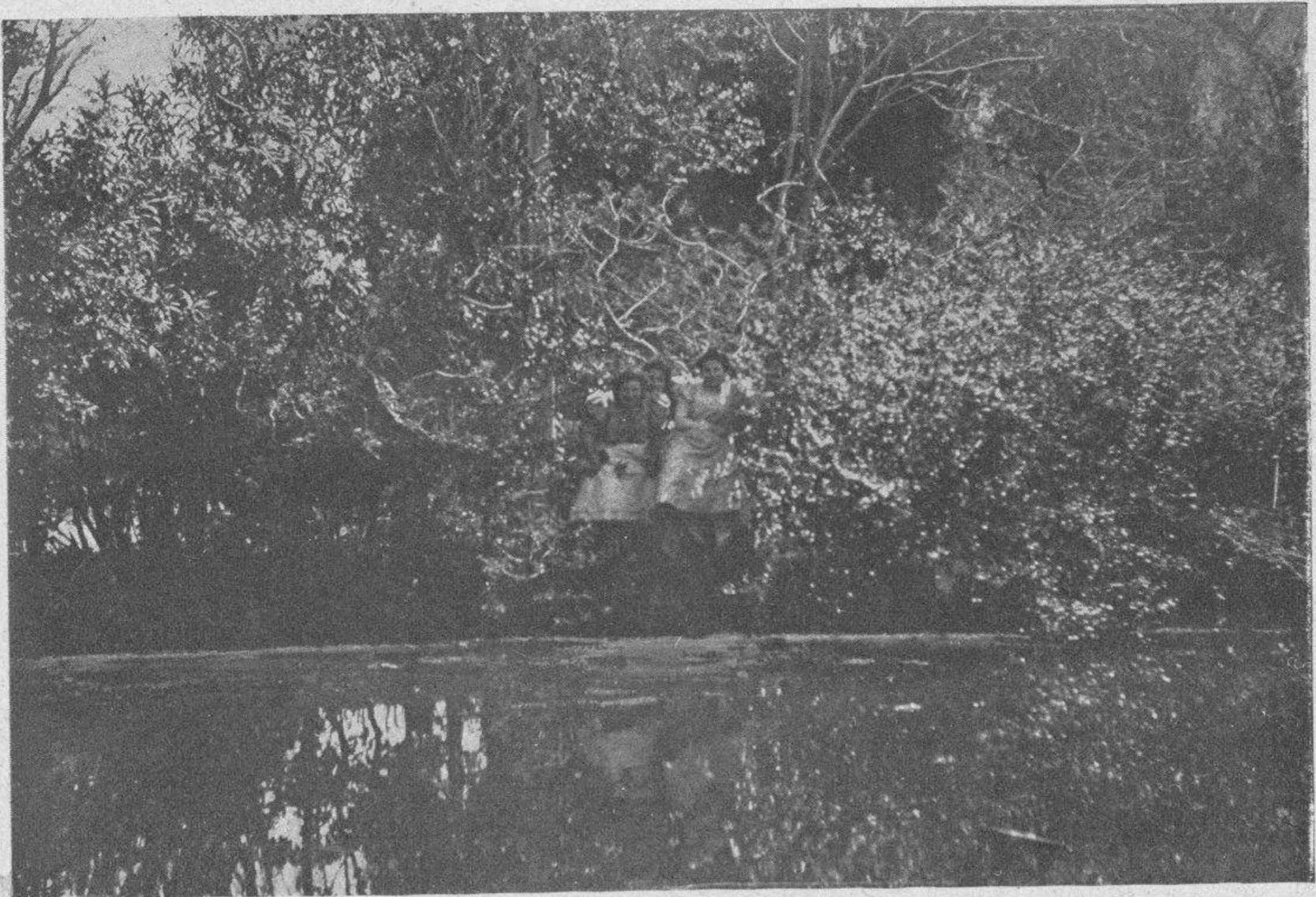
JULIÁN PÉREZ CARRASCO.

Soneto

Voy á decirte, quedo y al oído,
una verdad sobrado impertinente:
de mi pasión alabas lo prudente
y en mí á faltar encuentras lo atrevido
Que mi calma — dirás — te ha complacido,
y sentirme quisieras impaciente;
aplaudes mi respeto dulcemente
y me quisieras ver descomedido.

Así, con vacilantes intenciones,
vives como el viajero á quien rodea
la soledad en áridas regiones,
donde el simoun su rostro abofetea,
y, hartado de andar tan solo, hasta desea
que le salgan al paso los ladrones.

PALMARIN DE OLIVA.

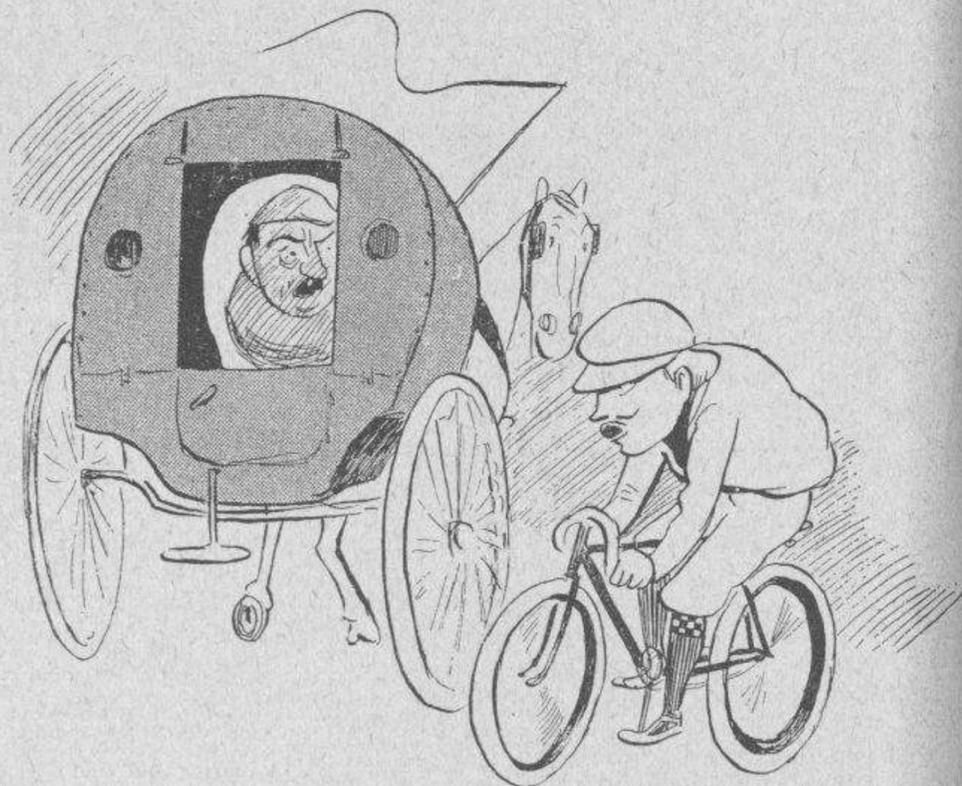


Soledad apacible

Un paseo en bicicleta



Es un chico Manolito
que gasta muchas pesetas
en bebida, en diversiones
y en toda clase de juergas;



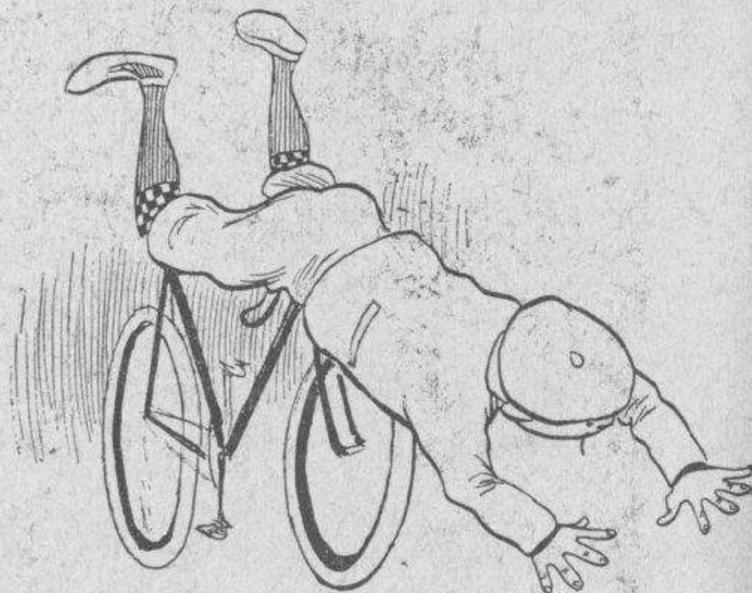
Y el muchacho lo demuestra,
porque esta mañana en una
de sus rápidas carreras,
chocó con una tartana
que por poco le estropea.

Más tarde derriba á un cura,
destrozándole la teja;
y cuando ya se dispone
á no dar más que otra vuelta,
se inutiliza la máquina
por rotura de una rueda.



pero hace ya algunos días
que ha dejado de correrlas
para ocuparse tan sólo
de montar en bicicleta.
¡Y por Dios, que este capricho
le tiene de tal manera
atontado, que de día
y de noche se pasea
Rambla arriba y Rambla abajo,
y también por las afueras!...

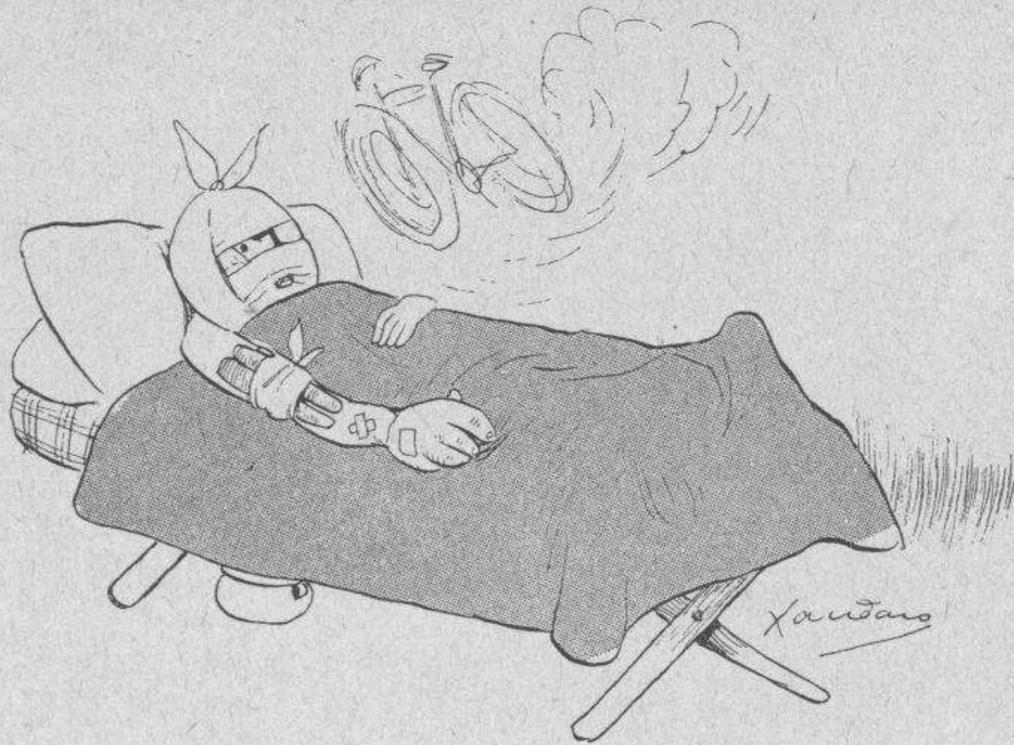
El dice que es muy higiénico
este sport, y que no encuentra
otro placer que se iguale
al placer que experimenta
en sus largas excursiones...



Manuel sufre en el percance
una caída tremenda,
con lesiones en el rostro,
en los brazos y en las piernas.



Después de grandes apuros
 á su domicilio llega
 con el alma dolorida
 y con la máquina á cuestas.



Es el ciclismo, señores,
 una diversión *amena*
 que podrá ser saludable
 pero la verdad, ¡revienta!

FRANCISCO COLLADO.

(Ilustraciones de Xaudaró)

Seguidillas gitanas

Tengo un pañolito
 lleno de tus lágrimas.
 ¡Cuánto sufro, serrana, si pienso
 que pueden ser falsas!

Que soy un *perdío*
 sé que andas diciendo,
 y, es verdad; por tus ojos azules
perdío me veo.

Cuando yo me muera
 búscame por Dios,
 que hasta entonces saldrán de mi pecho
 suspiros de amor.

Es pobre, está sola
 y nadie la ampara;
 por eso comercia vendiendo su cuerpo,
 matándose el alma.

RAFAEL RUIZ LOPEZ.

I . . . I

Me anunciaron tu muerte desgraciada
 y tu muerte lloré;
 pero al pensar en ella al otro día
 dije: no puede ser.

Al pie de tu sepulcro me sintieron
 los mármoles gemir;
 pero al volverme luego sollozando
 dije: nó, no está aquí.

Y te busqué otra vez en mi destino
 sin poderte encontrar,
 diciendo á cada paso en mi camino:
 ¡yo no sé donde está!...

Hoy te busco también, y al ver la tumba
 que abrieron para tí,
 digo llorando aún ¡no está en el mundo
 ó yo no estoy en mí!

SELGAS



IMPORTANTÍSIMO

Y finalmente...
Tengo el gusto de anunciar á usted que la PROXIMA SEMANA publicamos el consabido

Número extraordinario,

que como tengo observado y no huelga que lo repita, no aumentará de precio para los compradores ni para los corresponsales. Y eso que todo se encarece en estas críticas circunstancias y todo va por las nubes á causa ó con pretexto de la guerra.

Vencidas grandes dificultades, aventúrome á creer que el

Número extraordinario

será del gusto de todos nuestros favorecedores, con lo cual quedaremos halagadísimos, puesto que nuestro propósito no fué más que demostrar en cuanta estima tenemos las atenciones que un día y otro nos dispensa el público.

Podemos decir con orgullo que pocas publicaciones consiguen tan señaladas muestras de aceptación como venimos recibiendo, y nos satisface el declarar que sin anuncios pomposos, y mediante una labor asidua, LA SAETA ha logrado ponerse á la altura de los mejores de su índole.

Damos las gracias á los señores corresponsales por haber atendido nuestras observaciones.

Señor Administrador principal de Correos:

No pasa día sin que recibamos quejas de nuestros suscriptores, á quienes mandamos el periódico en forma conveniente para que no sufra detención ó extravío.

¿Por qué no llega á sus manos?

No lo sabemos, pero sí estamos convencidos de que no debería perderse, ni es justo que se pierda un solo número.

Rogamos, pues, al señor Administrador que haga cuanto en su mano esté para evitarnos molestias y disgustos, que nos irrojan considerables perjuicios.

Ignoro si al publicarse este número se habrán puesto al habla los buques yankees y los españoles.

Posible es que sí.

Fácil es que no.

Como dirían los doctores del Rey que Rabió, y otros que sin ser doctores, afirman exactamente lo mismo.

La verdad es que esos corresponsales han hablado tanto y con tan grande y continua contradicción, que sale uno de sus informes con las manos en la cabeza.

Que la escuadra viene que la escuadra va.

Y todo resulta hasta el momento en que escribo puro acertijo, pero endiablado, ¿eh?

Por de contado que la solución, ojalá sea tal como yo la imagino y la deseo. Con la derrota de los intrusos en toda la línea, para que se anden con historias y dibujos otra vez.

Si se atiende á los periódicos, los yankees no las tienen todas consigo.

Y andan bebiendo los vientos ó las olas por sorprender á nuestra escuadra, no sin que haya empezado una graciosa contradanza en la suya.

De lo cual me felicito, porque ese baile rompe la monotonía de los bloqueos.

Entre gentes supersticiosas:

Un gitano se puso *mu* malo, *mu* malico, como decía su mujer. Administráronle la extremaunción, y el paciente quedó como sumido en modorra.

Cuando le vieron así, ni sus deudos ni sus amigos se atrevían á penetrar en la alcoba, por creer que de todos el que recogiera su último suspiro sería el primero en seguirle á la eternidad.

Advertida una hija suya, que moraba en otro barrio, quiso ver á su padre y despedirse del moribundo, saltando por tan ridícula preocupación.

Entró, pues, y preguntó al enfermo:

— Pare, ¿me conoce usted?

— Sí, hija mía — contestó el gitano cariñosamente.

Oído lo cual por los que atisbaban desde la puerta compadeciendo á la atrevida muchacha, se aventuraron á hacerle coro; todos se maravillaban del caso y todos eran á interrogarle:

— ¿Me conoce usted, tío Ginés?

— Sí, iba contestando el tío Ginés por turno y nombrándoles por sus apellidos y mote. «Tú eres Periquín el Largo», «tú el Raboso». «tú el Gili patituerto», y así sucesivamente.

Hasta que cansado y aburrido rogó que le dejaran solo, y llamando á su mujer que lloraba en un rincón muy afligida, le dijo:

— Oye, tú, ¿estamos en Carnaval?

— No, Ginés, ¿has olvidado que mañana es domingo de Pascua?

— ¡Cómo han venido tantas máscaras á verme preguntándome si les conozco!

¿Qué edad tiene la señora?

preguntó ayer don Tomás

á su amiga Nicolasa,

una jamóna hasta allá.

Y ella un tanto ruborosa

le hubo de contestar:

— Si mis apuntes no mienten

tendré treinta nada más.

Oyóla un chusco y le dijo:

— No la crea don Tomás.

¡Por mi *zalú* que *exo* es guasa;

vaya un *mó* de engañar,

zi le *fartan* dos *menutos*

pá *cumplí* un *ziglo* cabal...!

Los aficionados al arte escénico, que aquí son muchos y cultos, están de enhorabuena.

Ya ha empezado su temporada la compañía del teatro Español de Madrid en Novedades, y yo me felicito, apresurándome á saludar á la señora doña María Guerrero y á los artistas que la acompañan.

Reanudaremos, pues, nuestras revistas de teatros, estudiando atentamente los estrenos.



Charada

Dos se llama mi futura,
que es una linda paisana
del gran poeta Luis Vives
(digno de toda alabanza).
Su *prima cuatro* es divina
y con la mantilla blanca...
¡Merece un marco de besos
aquella *primera cuarta*!
El *tres* le gusta á mi niña,
más que *una dos* y me extraña.
Por *una dos* doy la *todo*
y por el *tres*, casi nada.
¿No es cierto, lector amigo,
que la solución es clara?

MORENO.



Logogrifo numérico

1	2	3	4	5	6	7	8	—	Nombre de varón
3	4	5	4	6	4	5	—	—	Infinitivo
6	8	5	5	4	5	—	—	—	»
1	2	6	7	5	—	—	—	—	»
5	4	7	5	—	—	—	—	—	»
8	7	5	—	—	—	—	—	—	»
7	5	—	—	—	—	—	—	—	»
1	—	—	—	—	—	—	—	—	Cifra romana

A. SÁNCHEZ CARRERE.



Soluciones á los pasatiempos del número anterior:

CHARADAS: 1.^a, Corbata.—2.^a, Juliana.—3.^a, Eslava.

CUADRADO: RASO
ATAR
SALA
ORAR

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO: Tres y dos, son cinco.

TERCIO SILÁBICO: A — RA — GÓN
RÁ — PI — DO
GON — DO — LA

Correspondencia

Teótimo. — ¡Oh, amado Teótimo! ¡Teótimo amigo! ¿De dónde sales tú á estas horas, si no es del Limbo, para es- carnio de vates ripiosos?

Véase la muestra:

«El hombre es débil y como débil tonto,
la mujer le sujeta
y le obliga á pasar el Helesponto
para escalar la meta.»

¿La meta del Helesponto? Caramba, es una meta dema- siado ideal para que la distingán los lectores.

J. C. — Muera Sansón, dice usted. Bueno, muera con los filisteos que serán, según supongo, los yankees. Pero, querido, francamente, los versos de usted, aunque son bombas, carecen de fuerza explosiva.

E. C. de C. — Lo siento, no puede ser.

Rojo. — ¿Quiere usted que diga que fume esa señora de sus pensamientos cuando están suspendidas las garantías constitucionales? Merece usted que lo casen con una mujer que tume en pipa eternamente.

L. M. — Casi ha coincidido usted con Rojo. En fin, son cosas muy delicadas esas.

Demóstenes. — « Es un recurso el fósforo de trueno;
pues besas á tu novia, enciendes uno
y el estallido disimula el beso».

No lo pruebe usted delante de un padre ó de un hermano quisquillosos, porque ¡no va á ser mal relámpago el que le alumbre!

Q. V. — Venga, hoy me ha dado por ser compasivo. Allá van sus versos:

«El mayor miedo».

¡Que azahares para matar
pasa siempre un mal torero!
¡Cuanto si sufre en amar
antes de decir te quiero!
¡Cuanto pena el jugador
que le llevan su partida.
Pero ninguno en la vida
jueguen, toreen ó amen,
sienten tan frío el sudor
como aquel que entra en examen.

Si se ha examinado usted de retórica se comprende que hable usted así.

Trementina. — Conforme.

D. E. O. — No lo crea usted. El público no es tan malo ni tan tonto como á usted se le antoja. Lo que pasa, que ustedes, los genios no comprendidos, la dan contra él.

L. M. de G. — Está bien; lo guardo en cartera.

O. Nolmo. — Los cantares... han de ser cantares prime- ramente, y después muy buenos, y sino, nó; me canso de repetirlo.

Vándalo. — Eso, ¡vándalo!

G. P. O. — Cristo! ¿Qué ha escrito usted ahí?
«Nombre de mujer tiene mi hermano,
nombre de mujer tiene mi novia,
nombre de mujer tiene la Virgen
y el ama que me crió».

¿Eso que son? ¿seguidillas?

Prohibida la reproducción de los originales de este número

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba
las inyecciones. Cura los flujos en



48 HORAS

Muy eficaz en las enfer- medades de la vejiga: Cistitis del cuello, Cat- tarro de la vejiga, Hema- turia. Cada Capsu- la lleva el nombre



PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia
al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

—* PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN *

España y Portugal, semestre . . .	6 pesetas
Año	11 »
Extranjero y Ultramar, un año . . .	17 »
Número corriente, 20 céntimos	
Número atrasado, 30 céntimos	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las sus- cripciones empiezan el primero de cada mes. Pago adelantado

AUTORES CÉLEBRES

El dueño de los kioscos **EL SOL** (Rambla del Centro, frente al Liceo y Rambla de las Flores, frente á la Puertaferri) ha realizado una combinación con el editor de la biblioteca de **AUTORES CÉLEBRES** que le permite regalar á sus favorecedores á cambio de 30 CUPONES por cada volumen, que vale **Una peseta**, las obras que forman dicha Biblioteca y son hasta el día las siguientes:

OBRAS PUBLICADAS

De Ponson du Terrail	La Viuda de Sologne	1 tomo
De » »	Odio de Raza	1 tomo
De Paul Feval	La Daga misteriosa	1 tomo
De » »	Los Fanfarrones del Rey	2 tomos
De E. Poé	Un crimen misterioso	1 tomo
De Alfonso Karr	Una historia terrible	2 tomos
De Erckman Chatrian	La Posada de los tres ahorcados	1 tomo
De Octavio Feuillet	Novela de un Joven pobre	1 tomo
De Dickens	Las luchas de la vida	1 tomo

Se publicará al menos un tomo mensual. — Precio en venta en ambos kioscos, 20 cénts. tomo

EN PRENSA

De Paul Feval	La morada misteriosa	1 tomo
De Ponson du Terrail	Remordimiento	1 tomo

NOTAS. — Á todo el que desee adquirir dichas obras, remitiendo el importe en libranzas del giro mutuo ó valores de fácil cobro al representante Joaquín Vila, kiosco **EL SOL**, Barcelona, las recibirá á vuelta de correo franco de portes.

No respondemos de los extravíos no remitiendo 25 céntimos para el certificado.
A los corresponsales se les harán descuentos condicionales al fijar el pedido.

En los mismos kioscos se vende la

Guía de Calles, Plazas y Paseos de Barcelona con la agregación

con indicación de las entradas y salidas y distritos á que pertenecen

PRECIO: 15 CÉNTIMOS

* CUPON PRIMA *

Regalo á los compradores
— de **LA SAETA** —

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, original de D. Ceferino Palencia

CARRERA DE OBSTACULOS

una de las que más han contribuído á cimentar la fama de su autor.
Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa, de D. Marcial Morano

EL MAYOR CASTIGO

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.
Asimismo se entregarán por el citado precio de **media peseta** cada una, **SOR TERESA**
ó **EL CLAUSTRO Y EL MUNDO** y **LA VIDA ES SUEÑO**

Tipografía **LA ACADÉMICA**, de Serra H^{na} y Russell, Ronda de la Universidad, 6; Teléfono 861. — Barcelona

NUMERO

EXTRAORDINARIO

DE

LA
SAETA

20 cénts.

Núm. 392

